

# Cuentos de Espanto en las Matrices de la Cultura Urbana.

## Discursos en Traslación, Mapas y Territorios

**Óscar Julián Jiménez Chaves**

Pontificia Universidad Javeriana, Colombia

Correo electrónico: [laberintotaller@gmail.com](mailto:laberintotaller@gmail.com)

### Resumen

El enclave territorial urbano conformado por barrios marginalizados en la localidad de Ciudad Bolívar (Bogotá, Colombia) registra la circulación de diversos relatos de invención local que actualizan la vigencia de historias de espantos y aparecidos. Los relatos constituyen, en primer término, una expresión de la cultura plural reunida en estos barrios a causa de los procesos históricos de migración y desplazamiento en el país; y, en segundo término, una respuesta cultural al escenario de control violento en el sector originado por la operación de grupos armados que regulan la vida social; razón por la que se sugieren como una forma de resistencia simbólica.

En este artículo se presentan algunos trayectos de lo que podría constituir un sistema primario de circulación, organizado alrededor de un símbolo cultural fundante en la localidad: *el árbol del ahorcado*. Esta disposición discursiva y simbólica permitiría apuntar el marcador de un espacio significativo en pugna al que se trasladan imaginarios y referentes diversos sobre la problemática social del territorio.

### Abstract

In Ciudad Bolívar (Bogotá, Colombia), urban territorial enclave, there are several stories that show the permanence of tales of ghosts and appeared. These stories are, on the one hand, an expression of the plural culture that has gathered in these neighborhoods because of the historical processes of migration and displacement of Colombia's rural population to cities. On the other hand, these stories are a cultural response to the violent control that armed groups regulate the social life in the sector. This is why stories can be considered a way of cultural resistance.

In the present text, suggested some routes of what could constitute a primary circulation system of such stories, organized around the tree of the hang, a founding cultural symbol in the town. This territorial icon, by their discursive and symbolic layout, can be understood as a space competing brand, in continuous relocation symbolic and imaginary; around this space are imaginary and concerning very different on the social problems of the territory marked with cultural practices encoded into it.

*Recibido:* 10 de noviembre de 2013 \* *Aprobado:* 26 de diciembre de 2013

**Keywords**

Urban imaginaries, representations of violence, stories of fear, popular culture and syntax of everyday life.

**Palabras clave:**

Imaginarios urbanos, representaciones de la violencia, cuentos de miedo, cultura popular, sintaxis de la cotidianidad.

**I.**

En procura de indicar un núcleo simbólico que exhiba sus medios y que posibilite el seguimiento a los trayectos fantasmales de los cuentos de espanto (que merodean, narrando horrores, como espectros imaginados por los miedos de la gente), me he propuesto la articulación de tres relatos que usualmente circulan, intercambiándose como objetos de juego verbal cotidiano, entre los habitantes de una localidad marginalizada en los lindes urbanos de Bogotá; localidad ampliamente conocida (al menos en el contexto nacional) por el nombre: Ciudad Bolívar (zona 19)<sup>1</sup>.

En dicha localidad, en la cima de una loma deshabitada —que permaneció casi intacta mientras los barrios populares se acumulaban en los terrenos extendidos a su alrededor (dando lugar a los sectores de Jerusalén y Sierra Morena)— se levanta un árbol silencioso que se ha sostenido como un símbolo cultural. A su alrededor se ha tejido una profusa urdimbre de relatos, en los que se entrecruzan los hilos del país rural y los de la cultura urbana. Y a pesar de algunos esfuerzos institucionales para introducir variantes significativas en la designación instalada históricamente en la comunidad de Ciudad Bolívar, allí se lo sigue reconociendo popularmente como *el palo del ahorcado*.

Los sectores de Jerusalén y Sierra Morena, han percibido las migraciones y el arribo a la ciudad de innumerables familias provenientes de todas las regiones del país. Estos desplazamientos humanos se explican, en parte, por los procesos de modernización que implicaron el traslado de grandes

<sup>1</sup> Ciudad Bolívar es un sector tradicionalmente popular en Bogotá, que se ha levantado articulándose lentamente al casco urbano y en el que se agrupan algunos de los grupos poblacionales más pobres y humildes de la ciudad, en un territorio que alberga alrededor de 750.000 habitantes (de acuerdo al DANE (2008) en el censo general de 2005), cifra que con facilidad puede llegar a ser ampliamente rebasada en la práctica.

Esta zona se ha poblado de forma muy desigual y por factores muy diversos, al ritmo de diferentes momentos históricos y procesos de migración hacia las ciudades en Colombia. Actualmente, las condiciones de infraestructura urbana son todavía muy precarias y la presencia estatal es muy desigual en el territorio.

sectores de la población rural hacia las ciudades<sup>2</sup>, en pos de la promesa de mejores oportunidades de vida, educación y trabajo. Pero, en una proporción muy significativa, también han sido consecuencia de los éxodos ocasionados por los constantes enfrentamientos armados que han tenido lugar en muchas regiones del país, a raíz de diversos conflictos de base política, ideológica o económica.

Esto explica las distintas transformaciones experimentadas por los relatos tejidos alrededor del *palo de ahorcado*, versiones cambiantes que se superponen, articulándose a partir de préstamos e incorporación de diferentes códigos culturales. En ocasiones, los relatos y los signos se intercambian y se disputan campos de significación o espacios significantes<sup>3</sup> y otras veces, personajes que provenían de imaginarios rurales son dejados de lado para dar paso a personajes que movilizan imaginarios urbanos, modificando así los hilos de la urdimbre.

Es difícil indicar con precisión, cuán remoto es el origen de estos relatos; si se atiende a lo que sugieren algunas de sus versiones, se podría considerar, especulativamente, que se remontan hasta unos 70 años en el pasado<sup>4</sup>, con lo que estas historias recogen en el registro de múltiples variantes, la diversidad de las miradas y las voces de muchas personas que arriban a los márgenes de la ciudad de Bogotá, a causa de los numerosos éxodos y migraciones que han tenido lugar en el país hasta el presente.

Sumado a esto, si se considera el hecho de que estos relatos aún se originan y circulan en el seno de uno de los sectores populares más empobrecidos y humildes del país, atravesado por las problemáticas del desplazamiento y de la *urbanización del conflicto político armado* (Naranjo, 2004a: 282), podríamos llegar a considerar que en ellos se cifran claves culturales, que proyectan (históricamente en el registro imaginario local) una perspectiva significativa sobre nuestra identidad cultural, sobre la conformación de nuestra cultura urbana y las particularidades de nuestra modernidad. Igualmente, tienen mucho que decir sobre el malestar que experimentan nuestras sociedades, toda vez que nos comunican los temores, las

<sup>2</sup> Este fenómeno se rastrea ya en las décadas tempranas del siglo XX en Colombia.

<sup>3</sup> Recientemente, he sido informado de que muy adentro, en la vereda de Quiba, se encuentra otro árbol que sería el palo de la bruja. Los préstamos se dejan ver en el cuento que integra el símbolo del ahorcado con el espectro de la bruja, en la síntesis de un mismo relato. También se hace evidente en las ilustraciones que llevan a la bruja a acechar la loma del palo del ahorcado con la cruz que la identifica en el sector, y que se encuentra allí conmemorando la celebración del viacrucis.

<sup>4</sup> La versión de don Santiago Guzmán, que se revisa un poco más adelante, por ejemplo, data del periodo en que su familia arribó a la ciudad: década de 1930.

inquietudes, los fantasmas, de las personas que padecen o han padecido las problemáticas violentas generadas por el conflicto armado en el país, así como sus consecuencias; todo ello experimentado como vivencias que han marcado sus historias y, de alguna manera, también las nuestras.

Así pues, en estas narraciones asoman planos inéditos de la mentalidad popular urbana que circula reinstalándose ante los fenómenos directos o las consecuencias de los constantes enfrentamientos armados y de los órdenes que estos inscriben y sostienen. Además, como expresiones culturales, lejos de permanecer en el exilio de la marginalidad, ingresan en el juego del intercambio que constituyen la diversa heterogeneidad de nuestra identidad cultural; como bien sabemos, este intercambio implica, entre otras cosas, la comunicación de los significados, la confesión de los temores, la puesta en común de certezas e incertidumbres y la pronunciación de las inquietudes y de las esperanzas.

### **Algunas precisiones conceptuales y metodológicas**

Para ensayar una aproximación a estos relatos, he procurado cuidar los ángulos peligrosos de la categoría *cultura popular*, diferenciada de otras connotaciones del concepto *cultura*. Esto, con el ánimo de evitar provocar una valoración que sugiera su inscripción en el inventario de las expresiones del folclor local, apuntando en estas, a la ligera: *simplemente* las leyendas y los mitos de la cultura barrial; definición que podría entrañar otras formulaciones cercanas a “la colección pintoresca de personajes fabulosos, fantasías sin fundamento y habladurías que acostumbra a producir la imaginación popular”:

[A]lgunos narradores de leyendas cuentan las historias míticas sobre los grandes hechos de su acaecer en el pasado, cuyas explicaciones sobre sus raíces se pierden en lo legendario; o relatan los hechos sobrenaturales o carismáticos de sus héroes, sabios o caudillos que han tenido trascendencia en la vida política, militar, religiosa, social, cultural, artística, científica, educativa o de la vida cotidiana. En la misma forma, convierten en leyendas, algunos acontecimientos individuales o colectivos, cuya interpretación se plantea entre lo mítico y lo nebuloso legendario, por carecer de una documentación histórica verídica y real; que lleve a la hermenéutica histórica [...]. (Ocampo López, 2006: 13)

Observando esta precaución intento vigilar, no la impropiedad de la

categoría *cultura popular*, sino el desalojo crítico y teórico que se filtra en su uso como solución terminológica, cuando esta se ha propuesto de antemano a la manera de una definición; pues a partir de este uso que quizás nos sugeriría el hallazgo, la selección, la catalogación y la fijación de algunos objetos o productos culturales para su integración en el inventario de las culturas regionales, locales o nacionales, estos relatos, con toda probabilidad serían colegidos en el capítulo destinado a las imagerías del común, en el que normalmente se asocian (disueltos sus caracteres) con nociones y valoraciones previas, o inclusive con prejuicios teóricos como los que ingresan en la escena cuando apelamos a calificativos “algo indistintos” soslayando el decir, de inmediato: *supercherías*.

Hay un cierto atavismo en esta tentación de clasificar que suscita mis dudas, ya que de este modo simplemente evitamos plantear cualquier pregunta con respecto al significado, o a las implicaciones que pueda haber en el hecho de que expresiones culturales como estas circulen en nuestras sociedades (hecho social que manifiesta la proliferación de una profusa narrativa popular). Con esto, se limita toda posibilidad de formular y renovar preguntas sobre su inferencia en la producción de cultura popular, a las restricciones de un estrecho repertorio, desestimando su evaluación como un asunto concerniente a la crítica en el campo literario.

Como consecuencia, este procedimiento solo puede aspirar a conservar cierto valor nostálgico expresado en el hábito largo y consuetudinario de coleccionar, y dejar escapar un guiño ocasional de simpatía, acaso indicando el valor pintoresco que pueda sorprender en la “ingenuidad” de la invención popular. Pero con esto, se arroja una mirada condescendiente, primero, y luego uniformadora, sobre el campo que nos ocupa, es decir, sobre la producción cultural originada en las redes de la cultura ordinaria: gestos de la mirada que se hacen perceptibles en las sombras que este procedimiento llega a proyectar sobre las valoraciones que produce, cuando se conduce de esta manera a derivar en juicios apresurados, como aquel de la inverosimilitud lógica a la que se apela, muy a menudo, al modo de un supuesto valor cualitativo coincidente con una propiedad, igualmente supuesta, que inferimos como elemento subyacente en el “fondo” de algunas expresiones de la imaginación popular.

Ahora bien, este cuestionamiento se desarrolla plenamente en la posibilidad que permita problematizar el sutil dejo a taxonomía que se disimula en el mencionado modelo conceptual y metodológico para la clasificación de la cultura, y que no obstante, se trasluce en una tracería de presupuestos que

pareciera diseñarse para sostener el esbozo de una ciencia predictiva. Tanto así que, en algún momento, la necesidad de inquirir las particularidades lingüísticas, semánticas, sintácticas, enunciativas o simbólicas de una expresión en concreto deja de ser un requerimiento crítico o analítico previo al momento de lanzar afirmaciones o de plantear conclusiones sobre esta. Esto se da porque los alcances de su significado se hallan inscritos en un plano semántico universal que ya le hace corresponder, como su signo propio, una exacta localización en el firmamento abstracto de las definiciones; correspondencia que nos estremece y nos arroba con el hálito sobrecogedor de la universalidad exegetica.

Temo que la intención de estas apreciaciones pueda ser tomada con suspicacia o alguna ligereza, por parte de un lector demasiado raudo, como la formulación de un discurso oportunista, provocador o reaccionario, y seguramente motivado por el afán de algún protagonismo, o lo que es más, confundido con la prisa en el avance de alguna beligerancia ideológica; sin embargo, considero necesario (y deseable) posponer un momento las preocupaciones de la discusión expresamente ideológica, para articular una pregunta gnoseológica y de método sobre la posibilidad que ofrece este procedimiento para indagar, con respecto a lo particular que pueda desarrollar una expresión popular en su lenguaje: las variaciones, los matices y las diferencias tocantes a su significación. Ya que la tarea que se encomienda al diligente archivista es, principalmente, la de asignarle a este tipo de expresiones un lugar dentro de un inventario cultural en el que alcanzan su comprensibilidad, en concordancia con algunos modelos de percepción que fijan, por ejemplo, las ideas establecidas sobre el pueblo y sus diferentes tipos humanos.

El problema fundamental que se descubre en este punto, es que se censura la posibilidad genuina de formular auténticas preguntas dirigidas a indagar estas expresiones ya sea en lo particular de su elaboración lingüística; en lo específico de sus órdenes y operaciones sintácticas o de sus condiciones de producción; en las relaciones intrínsecas que sostienen con un plano semántico histórico y social o en los problemas de enunciación y significación que salvan o que desarrollan; salto de línea que nos sugiere resignación a la herencia de una serie de definiciones hechas de antemano.

En búsqueda de una alternativa metodológica, me he propuesto ensayar una interpretación sobre estos relatos, a partir del examen de la condición enunciativa que los signa como discursos sociales que participan y se articulan en los circuitos de un *universo discursivo*; circunscripción por la

que serían *uno* de todos los discursos posibles en la sintaxis de la cotidianidad (Roig, 1984:5) propia de aquel enclave cultural en el que se origina su posibilidad.

En síntesis, partiendo de esta determinación inicial, el análisis de los relatos que reúne este texto procura atender a su inscripción en la complejidad del orden (de los significados, de la comunicación, de la vida diaria) en el mundo social que los ha originado como discurso suyo. Así pues, trato de interpelarlos como discursos que expresan, elaboran o manifiestan las complejas problemáticas sociales del poder y las múltiples violencias que atraviesan un espacio definido de la vida social; en este caso, un sector popular conformado por dos barrios en particular: Caracolí y Potosí, situados en los linderos de la ciudad de Bogotá.

Procuraré, en consecuencia, facilitar algunas referencias contextuales con las que pueda apuntar algunas precisiones preliminares para el desarrollo de este ejercicio interpretativo, ampliando las referencias a las diversas problemáticas sociales que he mencionado: la creciente concentración de una población heterogénea que vive en situaciones de pobreza extrema, inseguridad y desprotección social, por una ausencia significativa de las instituciones y las estructuras civiles del Estado; el frecuente arribo de personas desplazadas por la violencia, arrojadas a esta condición social por el continuo, y aún vigente conflicto político armado en el país, o bien, por las problemáticas sociales que todavía derivan de este; y adicionalmente, en el contexto urbano reunido por los caracteres descritos, las problemáticas de la funcionalización que atraviesan la realidad en algunos barrios populares de las ciudades colombianas.

Esta última dinámica, en la actualidad, marcha en correspondencia con la operación de organizaciones armadas que reactualizan los viejos esquemas, aparatos y estructuras de los grupos armados irregulares vinculados al conflicto político en Colombia<sup>5</sup>; al momento actual del conflicto, siguiendo la terminología oficial en uso, las “nuevas” bandas criminales (BACRIM) se sitúan en donde la acción expansiva de insurgencia guerrillera, o la *acción preventiva* de contrainsurgencia, semi-privada e ilegal, de los grupos

---

<sup>5</sup> La confrontación política, ideológica y económica en Colombia, históricamente, ha dado lugar a múltiples escenarios de guerra y enfrentamientos armados, ocasionando el despliegue de numerosas expresiones violentas en el país: atribuciones arbitrarias del control político y social, regulaciones del comportamiento social e individual que apelan al recurso de castigos ejemplares en la plaza pública (asesinatos selectivos, desapariciones forzadas, agresiones lesivas a personas, familias o comunidades enteras), desalojos y apropiaciones irregulares del territorio nacional, con los consecuentes éxodos masivos y migraciones a las ciudades, etc.

paramilitares (Naranjo, 2004b:146), habían demarcado territorios de control articulados al escenario de conflicto político armado en el país, introduciendo lógicas de guerra que se inscribieron en el contexto urbano de los sectores populares.

En un reciente análisis, la profesora Gloria Helena Naranjo<sup>6</sup> plantea la lectura de estas circunstancias sociales como un eje de *urbanización del conflicto político armado*, argumentando:

[E]n la actualidad se hace perceptible en las ciudades colombianas que los tiempos y ritmos de las violencias urbanas, se articulan indefectiblemente a la “guerra nacional”. La lógica de la guerra se instala ahora en los microterritorios de las ciudades. Una lógica que se hace política en la misma medida en que existen en la ciudad “territorios bélicos” controlados por actores armados contraestatales o paraestatales o “territorios en disputa” donde también aparecen las Fuerzas Armadas del Estado. [/] Pero es claro también que más allá de los poderes armados, se presenta una complicación de órdenes políticos, de normatividades y legalidades. En fin, de vivencias y experiencias en ambientes “sociobélicos”, caracterizados por miedos y desconfianzas, por la producción de valores y normas de hecho pero también por la utilización del derecho. Nuevos órdenes híbridos, legales e ilegales, formales e informales, se van haciendo comunes en las ciudades colombianas [...]. (Naranjo, 2004a: 284).

Ahora bien, una vez se subrayan los tres relatos orales núcleo de esta investigación (“El palo de ahorcado”, “La cueva de la bruja” y “El palo de la bruja”), con respecto a los ejes sintácticos de las problemáticas cotidianas que los signan y que afectan sus significados lingüísticos, estéticos y simbólicos, se acusan las características semánticas de este tipo de articulación. Se procura indagar con esta: las correspondencias entre aquellos significados y los significados históricos y culturales transportados o vehiculados en su expresión, a la manera en la que lo hacen los relatos orales, esto es, transmitidos en el soporte comunicativo del habla.

Gracias a esta condición original enunciativa, me atrevo a sostener la tesis de que estos relatos constituyen la práctica de algunos de los discursos que

---

<sup>6</sup> Antropóloga con maestría en Ciencia Política, e investigadora del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.



participan en las pugnas por los significados culturales, en el territorio que inscribe sus circuitos primarios de práctica comunicativa. A partir de esta tesis, hago visible la forma en que dichos relatos se inscriben en el cuerpo de los significados sociales e históricos que sostienen el *querer decir* de las prácticas culturales en su enclave, la manera en que puede leerse la relación con el plano semántico que ha sido su soporte.

Ante todo, procuro mostrar que estos juegos narrativos posibilitan ejercicios de enunciación y re-elaboración del tejido simbólico lesionado, en su calidad de vínculo social, por los ejercicios de control violento<sup>7</sup>. Pues si las prácticas de regulación social y territorial, como se ha dicho, son desplegadas en efecto como prácticas de poder por los miembros de grupos armados y organizaciones que ejercen el control tanto social como político del territorio, estas operan sobre valores discursivos mediante series de acciones persuasivas, disuasivas y disciplinarias, que al instalar órdenes (aún de manera arbitraria), afectan o introducen valores que pasan a ser significativos, en el orden de la cotidianidad, para las comunidades que habitan en estos sectores urbanos.

## II.

El acoplamiento de estos relatos orales a los *arcos prolongados de violencia* que signan los procesos de migración y desplazamiento a las ciudades (Naranjo, 2004a: 281), así como su articulación de sentido a las lógicas de la *urbanización del conflicto político armado* (Naranjo, 2004a: 282), sugiere la preparación de tres ejes semánticos de lectura diferenciados según la indagación de los significados históricos y culturales que permiten rastrear en tres relatos distintos: “El palo del ahorcado”, “La cueva de la bruja” y “El palo de la bruja”.

### El palo del ahorcado

[...] Cuenta la historia Don Santiago Guzmán, antiguo poblador, que viene con el éxodo campesino de la región de Chiquinquirá el año de 1932: “Antes la vida era silvestre, las grandes haciendas tenían como límite grandes murallas y mojones de tierra”. Don Santiago siendo muy joven vivía con sus padres José Ignacio Guzmán y su madre en la finca la

<sup>7</sup> Ejercicios de vigilancia y control territorial, medidas coercitivas, prohibiciones y censuras en el territorio regulado, y en el extremo de algunos casos, agresiones que manifiestan el abuso de la fuerza (asesinatos selectivos, abusos sexuales e invasión del espacio privado).

Carbonera, a mediados del año de 1938, allá en lo más alto de la montaña. Don Pablo Mayorga vivía con María y sus pequeños hijos; vivían solitarios en Tibanica.

“Ellos vivieron allí solitarios, en la región de Tibanica. Un día el diablo se metió en el matrimonio de Pablo y María. Él se enamoró de su comadre Ernestina, siendo ella madrina de uno de sus hijos pequeños. Sucedió que María desconsolada un día desapareció, se marchó a donde su familia llevándose sus hijos. Pablo se sintió tan atraído por Ernestina; siendo ella muy bonita y alegre, se dio a la tarea de conquistarlo, al poco tiempo vivían juntos en la casona, de paredes blancas como un copo de nieve, cementeras y animales, [que] está ubicada cerca al palo de la antigüedad<sup>8</sup>. Por varios años esta pareja de compadres fueron felices, enamorados y dando vida a cinco hijos.

Los habitantes sentían miedo por la maldición, la Iglesia condenaba el hecho del concubinato de una pareja y mucho más de ser compadres. Desde tiempo atrás, el sacerdote de Bosa, lo había anunciado: 'Los compadres que vivan en concubinato son maldecidos y no pertenecen a la iglesia'. Una noche la presencia del diablo se sintió en toda la comarca, soplabla el viento terrible, las pencas de árboles nativos, se mecían anunciando un hecho atroz y el ruido de la jauría se hizo más sonoro.

Ernestina; ella se ahorca en el palo de eucalipto de la antigüedad, sin importarle la vida de los hijos que dejaba. Uno de sus hijos, avisó a toda la comunidad lo sucedido, que su madre estaba colgando de este palo y había muerto ahorcada. Desde entonces se le ha llamado 'el palo del ahorcado'.

[...] Algunos hombres salieron en búsqueda de Pablo, y lo encontraron en medio de una hondonada entre los zarzales, con marcas tenebrosas y figuras raras, los ojos estaban desorbitados. Al hombre lo recogieron y le dieron cristiana sepultura, eso era obra del diablo, por desobedecer a la santa madre Iglesia Católica.

Como características, al árbol no se le caen las ramas ni las hojas. Y allí permanece desde hace más de setenta años,

---

<sup>8</sup> Otro de los múltiples nombres que recibe este árbol en el sector.

convirtiéndose en un símbolo cultural [...]”.<sup>9</sup> (Red de lectores/Fundalectores, 2011).

El primer eje semántico para este ejercicio se perfila al abordar “El palo del ahorcado” (el relato más extendido y, probablemente, de más larga data) desde la perspectiva de un antecedente histórico que se puede encontrar profusamente sugerido, en diversas referencias y recursos narrativos a los que se apela. Este antecedente es el arribo de población de origen rural a las ciudades colombianas, fenómeno que comienza a observarse como una problemática, y que adquiere dimensiones muy significativas, desde principios y mediados del siglo XX, pero que se reproduce (salvando todas las particularidades y las determinaciones históricas que nos separan de los sucesos de estas épocas) hasta la actualidad.

“El palo del ahorcado” enlaza una referencia implícita a los procesos de migración desde las regiones rurales del país hacia los centros urbanos; proceso que debe suscitar, para nosotros, algunas consideraciones.

En ese sentido, es oportuno apuntar que hacia principios del siglo XX en Colombia, el fenómeno del arribo de población rural a los centros urbanos, confluye con los impulsos estatales (políticos, económicos, administrativos, etc.) orientados a desarrollar procesos de modernización nacional. Estos impulsos persiguieron un ideal de racionalización en la organización social, política y económica de la vida en las ciudades: misiva para la cual se promovieron ideales culturales vinculados con una noción específica de ciudadanía y con la formulación de algunas ideas sobre la educación para la población.

Entonces, los impulsos de modernización en las ciudades colombianas enfatizaron, e incluso remarcaron, ciertos límites que importa mucho considerar para este examen. Hablo de los límites modernos de la noción de ciudadanía:

[d]esde el Estado y por intermedio del Ministerio de Educación, se desarrollan una serie de estrategias que buscan integrar política e ideológicamente la nación, mediante la generación de una opinión pública en torno a un sistema de valores compartidos. En este sentido, la educación se convirtió en un problema de orden nacional, en torno al cual se concentró

---

<sup>9</sup> Relato de Santiago Guzmán, recogido y socializado por la historiadora Blanca Pineda. La versión referenciada aquí fue tomada de *Lectura al sur. El portal de las noticias y contenidos culturales*.

la atención de importantes sectores de las élites y de la intelectualidad. [...] El Estado va a poner especial atención en los sectores populares, sus costumbres, su modo de vida, la educación que se le estaba impartiendo, sus hábitos de consumo; es decir, en términos generales, su cultura, su manera de sentir, pensar y actuar. [/] Era necesario incidir en la configuración de nuevos parámetros que respondieran, de manera más adecuada, a los retos que la época exigía, en consonancia con los modelos culturales de las sociedades urbanas industriales, **queriéndose moldear un nuevo sujeto: el ciudadano moderno, marcado por los ideales de la moralización para el trabajo y la adscripción al Estado-nación.** Integrar la masa de campesinos -tanto la que hacía presencia en las ciudades, como la que aún se encontraba vinculada al campo- a la dinámica del mercado y a los esquemas de institucionalidad nacional que se querían consolidar, es el reto que se plantea el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, entre 1934 y 1938 [...]. (Herrera y Jilmar, 2001:103-104; las negritas son mías).

Como se señaló antes, importa resaltar la confluencia entre el arribo de grupos poblacionales de origen rural a las ciudades y dichos impulsos de modernización, puesto que el negativo y las opacidades resultantes de esta demarcación cobran una particular importancia y al mismo tiempo configuran los soportes de distintas nociones históricas de ciudadanía en Colombia, con las implicaciones culturales, políticas y territoriales que estas han dejado *inscritas* en la cultura urbana. Me refiero, con esto último, a los espacios y a la percepción de la marginalidad, en el sentido moderno de la expresión, en el que resalta la connotación de lo periférico.

Ahora, se pueden proponer, al menos, dos posibles causas subyacentes a este fenómeno migratorio en Colombia: la primera se podría cifrar en la búsqueda de mejores oportunidades de vida (causa que enmarcaría este fenómeno dentro de los procesos de modernización que han tenido lugar en el país, tendientes a concentrar los poderes políticos, económicos y sociales en los epicentros urbanos); la segunda estaría relacionada con factores como la inestabilidad política y las pugnas ideológicas (o simplemente partidistas) por el control del poder político estatal o regional. El control económico y administrativo en las regiones y la impostura de órdenes ideológicos han desencadenado numerosas contiendas y enfrentamientos armados, en los cuales, mecanismos violentos como el abuso de la fuerza se han empleado recurrentemente, bien como acciones de guerra dirigidas contra miembros, simpatizantes y adeptos de los grupos que, en estos

escenarios, han sido considerados “bandos contrarios”, o ya sea como mecanismos de regulación e intimidación contra la población civil<sup>10</sup>.

En el contexto de estas contiendas y enfrentamientos, las dinámicas de constitución de ejércitos irregulares en Colombia han inscrito una larga serie de problemáticas, que se trazan a lo largo del siglo XX, siendo posteriormente recrudecidas con la aparición de las guerrillas revolucionarias hacia mediados del siglo, y con la organización de ejércitos paraestatales, algo más tarde. Lo serán, todavía más, hacia las décadas de los años ochenta y noventa, cuando las problemáticas del conflicto armado se integren con el desarrollo del narcotráfico, se sistematice las acciones de guerra y los actos cometidos en nombre de las premisas defendidas por una u otra parte en conflicto (incluidas las fuerzas armadas del Estado) lleguen a traspasar aun las cotas del sadismo.

En la medida en la que sostienen escenarios de contienda ideológica, política o de pugna por el control económico y social, estos enfrentamientos armados convergen en el desarrollo de mecanismos violentos de apropiación y regulación territorial que, por consecuencia, producen los fenómenos de desplazamiento por los que se ha entendido: la expulsión de grupos poblacionales de sus lugares de origen. Estos grupos poblacionales, si bien no en todos los casos, en una gran proporción han llegado a instalarse en los territorios de marginalidad en las ciudades integrándose a estos con el cúmulo de sus vivencias, sus memorias, sus expresiones y con todo lo que constituye en general: su “equipaje cultural”.

Así pues, en lo tocante al relato de “El palo del ahorcado”, es un índice muy notable y significativo que, a pesar de las diferencias entre las tramas narrativas de las distintas versiones, se encuentre siempre la referencia a

---

<sup>10</sup>. [A]l llegar la guerra de independencia y las guerras civiles del siglo XIX la gente fue empujada a otros lugares, lejos de las levas y de las amenazas de los contendientes. Los que no huyeron tuvieron que afrontar el acoso, el juicio sumario y el delito de vivir en el territorio del otro. [...] A la emigración masiva del período de la Violencia le había precedido la de quienes lo habían hecho voluntariamente atraídos por los procesos de industrialización y modernización que se operaba en las ciudades del primer tercio del siglo XX [...] El desarrollo de vías de comunicación y las primeras industrias atrajeron trabajadores rurales de tal manera que las ciudades comenzaron a crecer entre 1920 y 1950. Después de este último año el desarrollo industrial y la llamada “violencia” colombiana atrajeron y expulsaron gente hacia las ciudades que alcanzaron una tasa de urbanización del 26 por mil entre 1951-64, frente al 19,5 que había tenido entre 1938 y 1951 [...] Como la población se concentraba en los núcleos urbanos, el censo de 1964 reveló que el 71% de los hombres “entre los 15 y los 64 años residentes en Bogotá “eran migrantes”, a la vez que uno de “cada cuatro adultos colombianos nacidos en áreas rurales que rodean a Bogotá”, vivían en esta ciudad [...]. (Tovar, 2001: párrafos 8-10)

formas propias de la vida rural, ya sea por la indicación de oficios o actividades económicas: “Otros aseguran que fue un pastor desconsolado por haber perdido sus ovejas, quien acabó con su vida en este árbol [...]” (García e Higuera, 2010: párrafo 2), por la alusión a objetos constitutivos de la vida cotidiana (cementeras, animales, etc.), formas de la demarcación del espacio (grandes murallas, mojones de tierra), o bien, por la simple mención de personajes provenientes de regiones rurales. Veamos esta versión:

Habitantes del sector dicen saber la historia, algunos comentan que el palo del ahorcado recibió su nombre cuando un hombre que venía del llano, agobiado por sus problemas económicos se colgó del cuello en las ramas de este eucalipto plantado en la cima de un barrio llamado Jerusalén, en Ciudad Bolívar. (García e Higuera, 2010: párrafo 1).

No obstante, esta pervivencia de índices de culturas rurales en el relato creado en un sector marginalizado de la ciudad no puede entenderse como un simple trasplante de representaciones e imaginarios “provinciales” a los espacios y a los registros simbólicos e imaginarios de la cultura en las periferias urbanas. Este relato transmite algunos de los imaginarios culturales, de las expresiones simbólicas y conjuntos de valores de una comunidad en constitución a la que arriban personas que intentan hacer una vida en un lugar extraño; lugar que han debido adecuar, y al cual han tenido que adaptarse atendiendo a parámetros desconocidos (o aún por inventar).

Además de esto, generalmente se trata de personas que parten de situaciones precarias o particularmente desventajosas, para reconstruir sus vidas sobre la angustia del porvenir, y en muchos casos, de gente que carga con memorias trágicas y recuerdos funestos: con miedos, temores e incertidumbres que pueden retornar y reactualizarse. *Aquel* relato, con toda seguridad, no es ajeno para quienes estamos habituados a la vida en las ciudades en Colombia; pues de hecho, es un relato social que se encuentra a la base de la constitución de nuestras sociedades urbanas. La historia del sujeto migrante que se instala en una periferia social o cultural, al arribar a la ciudad para intentar una vida, subyace en el sustrato de muchas historias familiares, barriales, vecinales, etc., que nos permiten reconocerlo como una historia común en el registro de la cultura urbana.

El matiz que caracteriza lo particular de este caso, se aprecia en aquel percance de que “el migrante” no logre vencer las adversidades económicas que lo agobian, o bien, encajar en los modelos ideológicos, familiares, religiosos o morales que le demanda la vida social en este nuevo territorio

que llega a habitar; trance nefasto que, por consecuencia, habiéndolo signado para la desesperación, en el primer caso, y para la culpa o el remordimiento en el otro caso (que ha sido revisado en la primera versión del relato), le conduce por condena a colgarse del *palo del ahorcado*, por lo que acaba ocupando el lugar que marca esta figuración, particularmente insigne en el sector.

Con este parafraseo abrupto, algo grosero y en un esbozo de líneas muy generales, arribamos a un ángulo de apreciación muy significativo e interesante, no obstante, para el análisis del relato, pues a partir de este ángulo es posible discernir la manera en que el relato codifica en una expresión simbólica, los temores e inquietudes de la gente que participa e ingresa en sus circuitos de transmisión y en el acto de su locución.

Pero además, retiñe con las líneas escuetas de una lógica esquemática, lo que pareciera ser el contorno de un dispositivo diluido en la formulación de algunas sentencias inquietantes, si se las concibe simultáneamente como el plano normativo de un orden social y como la expresión de un conjunto de certidumbres que se hallarían inscritas en la mentalidad de un grupo social. Esta valoración permitiría indicar, en un primer salto de interpretación, que al estetizar y codificar en la expresión simbólica los temores y las inquietudes que perturban a un grupo social, el relato de “El palo del ahorcado” (atendiendo diferencialmente a sus variantes), vehicula una premisa fundamental equivalente a la urgencia de sobreponerse a las necesidades en el nivel irrisorio de la vida cotidiana, y sintetiza un sistema de valores que regula la moral pública.

En cuanto a lo primero, la consideración de la premisa fundamental para la sobrevivencia que exige escapar de la extrema precariedad de las circunstancias, demanda revisar el hecho de que el relato, ligado al “significante silente” del árbol, se encumbra en lo alto de la colina que domina visualmente la zona, con lo que adquiere un cierto valor insigne e iconográfico para el sector. Interpelando con respecto a este “ser insigne y sostenerse encumbrado” podría significar que este enlace un aspecto temático del relato referido a las dificultades económicas que agobian o la pérdida de los bienes que permiten sobrevivir; se podría obtener por inferencia que a ese valor simbólico se desliza una referencia a la preocupación que está en mente de todos los que arriban al sector, quienes intentan reconstruir sus vidas o buscan encontrar un lugar a partir del cual integrarse a la vida en la ciudad. Más aún cuando es posible apuntar el hecho de que barrios como Caracolí o Potosí son, para algunos, lugares de tránsito

con población itinerante, o sectores de los que se espera “lograr salir”, para encontrar un “mejor lugar” para vivir.

No es extraño que a partir de todo esto, el relato y la imagen del *palo del ahorcado* vehiculen valores aleccionadores o que se asocien luego con funciones ejemplarizantes, en un amplio espectro connotativo. En este sentido, el relato estaría funcionando discursivamente al modo de un ejercicio alegórico, vinculando en la figuración de una imagen del miedo, toda una serie de circunstancias posibles que cifran los temores, las incertidumbres, las amenazas, etc., y que guardan una relación ya sea de causa, aspecto o atributo con respecto a *esta imagen* espantable.

En segundo término, con respecto a mi afirmación sobre la codificación de un sistema de valores que se hallaría sintetizado en el relato de “El palo del ahorcado”: una vez se atiende a aquella variante en la que “el diablo ingresa a la relación”, se percibe de inmediato una lógica muy concreta que transporta ciertos ideales referidos a la familia y al lazo social, estrechamente vinculados con una moralidad religiosa. Para el ejercicio analítico es pertinente anotar que en Colombia las comunidades religiosas y la institución eclesiástica han jugado un papel significativo en el campo de la educación social; vale recordar la gestión de la iglesia católica en el país, a cargo de la educación en el lapso comprendido entre 1886 y 1930, período histórico durante el cual definió y administró las políticas educativas que fueron dirigidas a la población en general y, además, se encargó de su ejecución desde las escuelas y bibliotecas públicas<sup>11</sup>. De forma complementaria, esto vale también para revisar que en la doctrina religiosa se halla una lección moral, que ha sido tradicionalmente impartida desde el púlpito: cátedra que no ha incidido poco en la formación de la población en Colombia, al establecer sobre nociones religiosas algunas ideas

---

<sup>11</sup>. [L]a pugna por el poder entre los liberales radicales y los conservadores [...] inició con la guerra civil de 1876-1877 y terminó con la guerra de 1885 y en la que fueron derrotados los radicales. Después del triunfo de los conservadores, se instauró la Regeneración (1886-1903) [...] cuyo objetivo fundamental era la búsqueda del progreso, bajo premisas tradicionalistas y el desarrollo de un modelo de Estado centralizado, que le otorgó el control cultural y educativo del país a la iglesia católica. Las ideas de la regeneración causaron diversas reacciones y oposición en los radicales que se manifestó, específicamente, en la Guerra de los Mil Días. [...] La entrega de la educación a la iglesia conllevó a que el Estado abandonara los principios de gratuidad y obligatoriedad, planteados por los radicales y, además, a que emprendiera acciones en contra de las ideas utilitaristas y positivistas fomentadas por el régimen radical. La Iglesia tuvo una firme presencia en estos procesos y tensiones, su incidencia fue desigual en distintas partes del territorio, pero fácil de percibir en una sociedad con fuertes raíces católicas y costumbres conservadoras, con excepciones en algunos estados [...]. (Jaramillo et al., 2006: 114-115).



fundamentales acerca de la familia, el deber moral, y el cumplimiento de la ley.

Ahora bien, regresando al punto de partida de este análisis para recordar que se trata del examen de un cuento de miedo, forzosamente debe apuntarse que en su articulación con el tipo de consecuencias y con las conclusiones que desarrolla el relato, estas ideas sobre la familia (sostenidas sobre el principio de que esta debe legitimarse por la institución del matrimonio), el régimen moral de cuño religioso y el imperativo de obediencia rigurosa a sus modelos para lo social, manifiestan algunos rasgos de extremismo ortodoxo en los que se llega a sugerir la intransigencia dogmática investida en estos imperativos, cuando han adquirido el uso de blasones ideológicos o se han puesto al servicio de justificar los excesos del autoritarismo. Algunos de estos rasgos, para el desarrollo narrativo del relato, se expresan en la marca de la intrusión demoniaca a partir de la aparición de Ernestina (homologada con la intrusión por correspondencia sintáctica y secuencialidad narrativa), por ejemplo, o en la asimilación de la ruptura de una relación de pareja (un drama que se inscribiría en el orden de lo privado) con una crisis en el orden moral y social de la comunidad, que acusa la pérdida de la “armonía familiar”. Esta asimilación traduce lo que sería concebido como conducta pecaminosa en el registro del discurso religioso al registro de la moral pública en donde pasa a significar como una falta cometida contra el orden social establecido.

Aunque intrínsecamente relacionado con este pasaje, el tropo más inquietante del relato parte de un eje de inclusión y de exclusión que se traza a partir de la “cita” a una sentencia eclesiástica: “Desde tiempo atrás, el sacerdote de Bosa, lo había anunciado. 'Los compadres que vivan en concubinato son maldecidos y no pertenecen a la iglesia'” (Red de lectores/Fundalectores, 2011). El giro problemático que se proyecta a partir de este pasaje, inicia con la introducción de un límite: la sentencia diferencia un espacio de reconocimiento (moral, social y religioso), de un espacio signado para la condena. Si se establece como un referente lógico, moral y normativo, la introducción de esta sentencia marca la pauta para que el relato proponga una conclusión sobre la que se desarrolla toda la trama narrativa, y esta pauta, lo es en el sentido de ley, pero en su connotación más dogmática y coercitiva: pues desde el momento en el que se formula su determinación, una conducta que se inscribe por fuera del sistema moral religioso pasa a ser una causal inmediata para el castigo. A partir de este punto “el diablo” entra en escena a hacer de las suyas; si se sobreentiende que quedar inscrito por fuera del sistema moral, en este caso religioso,

equivale a cometer un pecado: el papel que se le encarga al “diablo” en este juego es el de hacer las veces de ejecutor de una sanción, que se interpreta como consecuencia penal de la infracción a la norma.

Ahora bien, si accedemos a leer todo esto como un puro juego fantástico que no halla otras consecuencias que las que puede desarrollar en el plano ficcional del relato, quizás no lleguemos a encontrar otra cosa en este análisis que una representación, entre dramática y alegórica, del dogma religioso del pecado, puesta en su relación con un antiguo temor reverente en el que se equiparan la idea del castigo con la de la caída en el infierno, o en este caso, su inversión por la manifestación de lo demoniaco en el “mundo material”. Sin embargo, si se lo interpela como un juego estético que se desarrolla en el plano de la mentalidad social, procurando analizar sus correspondencias con el plano semántico de la cotidianidad, este tropo suscita reflexiones muy serias sobre lo que pueden significar algunos momentos en la trama narrativa del relato, como aquel del hallazgo de Pablo en una zanja entre los matorrales con signos de horror y de tormento, llevando aquellas marcas enigmáticas y amenazantes trazadas como una forma peculiar de escritura en el cuerpo; una escritura sin señas de autoría a la que se sobrepone una lectura inmediata que la signa como “obra” del diablo, en referencia al repertorio imaginario del discurso religioso que se ofrece como única fuente de interpretación para el misterio.

Desde este punto de vista se llegan a dimensionar las serias implicaciones relacionadas con el hecho simbólico, estético, ético y moral de que el papel que se le asigne al “diablo” en la mentalidad de lo cotidiano y ordinario, sea para este caso el de ejecutar una “función penal” que pasaría a tener como finalidad, estabilizar y sostener un sistema autoritario de poder.

### **La cueva de la bruja**

El segundo eje semántico se traza en paralelo con el relato de “La cueva de la bruja” y sugiere un período específico, en el que se desarrollan problemáticas sociales relacionadas con el ejercicio de prácticas violentas en el sector. Este periodo coincide con la operación de bandas delincuenciales organizadas e involucradas con las estructuras del narcotráfico; problemática social que sacudió en muchas formas las estructuras estatales, políticas, civiles y culturales de la sociedad colombiana, y que se inscribe en el panorama histórico de las ciudades en Colombia, desde la década de los años setenta; pero adquiere sus dimensiones más significativas, enfáticamente, entre las décadas de 1980 y 1990.

El desarrollo de este núcleo problemático es legible en diversos recursos narrativos, uno de estos, quizás el más nítido, es la referencia directa a *la mafia* y la alusión del papel que juega esta organización como factor condicionante de algunas circunstancias violentas en el origen del relato; caracteres que se pueden observar en una de las versiones que narra el señor Carlos Mina, residente del sector. Veamos:

Lo que pasa es de que... en tiempos antiguos atrás, había habido mafia; yéndose para allá... para allá atrás del *Palo del ahorcado*; para allá atrás queda Quiba<sup>12</sup>. Entonces... por allá sería, ¡mafia!; entonces, que la habían... la habían torturado a una hembra, y esa hembra, pues, se les había escapado; ¡bueno pues!, se les había volado y se había ido a meter a una cueva. Y de esa cueva, pues como que no podía salir, porque si salía, la mataban y entonces... la señora, pues allá adentro ya empezó a volverse loca de la oscuridad y bueno... y efectivamente, pues allá había habido un abuelo así: de barba larga, y el hombre ya le había empezado a enseñar cosas... Y por eso es que quedó la cueva de la bruja, porque: mejor dicho, el que dentro ahí no sale, ¡eso sí!, el que dentro ahí no sale [...].<sup>13</sup>

El origen traumático de *la bruja* en Caracolí, interpretado como un drama social, convoca consigo la cualidad fundante del relato del espanto y proyecta su campo social de sentido, o si se quiere: define su particular economía simbólica, pues al figurar, con *la bruja*, un personaje que marca un primer espacio de la prohibición (la cueva de la bruja indica “una exterioridad” en la que se pierde todo aquel que ingresa), el relato consigna simultáneamente un episodio que inaugura la historia del territorio del miedo.<sup>14</sup>

Los cruces de oscuridad y brujería, locura y permutación, signarían este

<sup>12</sup> Quiba es una vereda que colinda con los barrios del sector, adentrándose en la zona aun deshabitada y rural de Ciudad Bolívar.

<sup>13</sup> Transcripción de un archivo sonoro. El relato fue recogido en el barrio Caracolí, en el marco de una actividad organizada con alguna gente del sector. La versión, que hace parte del archivo de esta investigación, es un relato oral narrado por el señor Carlos Mina, habitante del barrio, quien arribó a Bogotá hacia el año 2001, proveniente del departamento de Nariño, en el sur del país.

En su caso particular, el arribo a Bogotá no se relaciona con el problema del desplazamiento forzoso vinculado a escenarios de violencia, pero sí con la engañosa promesa de encontrar mejores oportunidades sociales, económicas y laborales en los epicentros urbanos del país. Actualmente, don Carlos consigue algunos recursos muy escasos con el reciclaje y se desempeña en oficios ocasionales que se le ofrecen en el sector.

<sup>14</sup> Así pues, se subraya la importancia del relato del miedo como un eje significativo para la vida social y la cultura en el sector.

relato como un discurso que expresa el tránsito entre distintos momentos, signados por circunstancias violentas particulares, primero; y luego, como un código de ubicaciones o un sistema de coordenadas, en el eje de tensiones del poder que han tenido lugar sobre el territorio, en el escenario del drama social del conflicto armado. Aquí, la femineidad connota una condición de susceptibilidad que traza un tropo muy significativo en el relato: es una mujer quien escapa y se oculta por temor en un recinto oscuro (una desaparición), quien pasa de la situación de “padecer” el miedo y la persecución, a “cumplir” las funciones del espanto, convirtiéndose en una presencia fantasmal (una aparición) que acecha y atemoriza a la gente.<sup>15</sup>

Este eje proyectado en el tiempo, llega a sugerir un momento crucial dentro del proceso de *urbanización del conflicto político armado* (Naranjo, 2004a: 282), que habría llegado a elaborarse en el registro imaginario: estética y lingüísticamente, como un relato simbólico, conteniendo una cifra cultural determinante para el enclave del barrio, y como una clave para la comprensión de las dinámicas sociales que se conciben allí como prácticas reguladoras de la vida social. Así pues, es posible inferir en este relato un código social y una metáfora cultural comunicada en el lenguaje de la invención cotidiana, y llevada al orden imaginario en el que propone la síntesis simbólica de toda una historia social fundante, significativa y vigente para un grupo social.

Entre las bromas de la habladuría cotidiana, y la íntima seriedad con que se abrigan los temores inconfesados, estos relatos continúan siendo marcadores territoriales significativos y pautas para *moverse* o comprender el espacio del orden en el que circulan.

### **El palo de la bruja: la articulación de dos ejes históricos**

Para la preparación del tercer eje semántico, estaré suspendido en las tensiones históricas de los dos anteriores, articulando los dos relatos (“El palo del ahorcado” y “La cueva de la bruja”) que se superponen en el cuento de “El palo de la bruja”.

En este último relato se registra una actualización de los dos primeros ejes históricos. Los niños del sector vincularían los relatos anteriores y desarrollarían conjuntamente el tema del espanto (la bruja) y el tema de la

<sup>15</sup>. Aquí, el tránsito descrito es entre otras cosas, el paso de una vulnerable impotencia a una potencia letal y mortífera; la condición de susceptibilidad de la víctima, se permuta por la agencia del terror y el poder de dar la muerte.

muerte y la figuración del ahorcado; articulando el conjunto de un juego simbólico y describiendo sutilmente la topografía del miedo con las regulaciones que se inscriben en el sector, veamos:

Aquí hay tres palos y dicen que tres brujas se paran aquí y hacen hoyos en los palos, se puede ver muy hondos los huecos, y se han encontrado muertos también. Dicen que son las brujas quienes los matan por ser malos esposos o padres. (Jiménez, 2012: 4)<sup>16</sup>

Cabe considerar la posibilidad de que las modificaciones que produce al registro del relato oral primario, la formalización de los cuentos escritos por los niños de Caracolí, puede corresponder con las transiciones al presente en la operación regular de grupos armados en el sector. Desde mi perspectiva interpretativa, el desarrollo de este último relato articula una dinámica compleja de operaciones discursivas, significativamente relacionadas con la sintaxis de la cotidianidad que se halla desplegada en las condiciones sociales descritas. Como afirmé en otro lugar:

[L]o que sorprende en estos cuentos mínimos, es que estarían **operando sobre las imposiciones** que reciben como formas del ejercicio de la violencia, y al desplegarse en el plano de un espacio utópico, fabricarían con estas condiciones una sintaxis del relato que opera como sistema autónomo de normas, y que permite en el tiempo del relato superar el desequilibrio de los términos en los que se plantea la disputa por un espacio cultural, **a partir de la producción de significados que en este caso toman por sorpresa a la bruja.**

De esta forma, el espacio utópico delinea el establecimiento de un ámbito legítimo de leyes en el que son posibles varias cosas: en principio, al llevar a la bruja a cometer infracciones, estos cuentos son ejercicios de denuncia, pues si la infracción es siempre la misma (violar el límite entre la vida y la muerte), estos ejercicios burlarían la imposición del silencio que impide indicar abiertamente la infracción; de forma simultánea, son la declaración de un sistema operativo de normas, en el que se explicita un orden deseable y se fabrica una posibilidad de

<sup>16</sup>. Las versiones de “El palo de la bruja” registradas aquí, fueron ejercicios escritos recogidos en el sector, en el marco de algunos talleres literarios que se desarrollaron con niños de Caracolí. Con todas las modificaciones que se pueden notar en cada caso, las diferentes versiones reiteran algunos motivos semánticos, íconos significativos y estructuras narrativas que permiten indicar la unidad de un relato social.

justicia en el registro de un plano utópico; por último, al efectuar estas dos operaciones en su circulación, el relato sería una práctica que comunicaría una forma de resistencia ética y participaría en la disputa por el esbozo de un espacio simbólico, que se sostendría en la producción de significados y en la articulación de un sistema imaginario [...]. (Jiménez, 2012: 6).

Así pues, en esta cadena de significaciones múltiple y connotativa, se inscriben mapas del territorio simbólico en los que se encuentran signados: la exterioridad de los espacios del peligro y la prohibición<sup>17</sup>; distribuciones del tiempo en que *la bruja* ejerce su regulación (la oscuridad y la noche, por ejemplo, serían atmósferas que signan su “espacio propio”); y códigos de faltas sociales que desencadenan sus “efectos penales” (fallas en el cumplimiento de los roles familiares y los papeles asignados a un género). Pero también, sostiene ejercicios de enunciación que pueden solventar las prohibiciones y las censuras impuestas a los actos de la lengua (denuncia, debate público, oposición abierta), o bien, la formulación de “juegos” lingüísticos que alteran las arbitrariedades de la fuerza excesiva, y que al menos en el registro del discurso, aspiran a superar la ausencia de mecanismos de control que puedan operar simbólicamente sobre *la bruja*.

Todas estas operaciones lingüísticas, explicitarían algún grado de resistencia simbólica a las lógicas de control del barrio funcionalizado como territorio de grupos armados, y al reconocimiento de los actos violentos de regulación como auténtico ejercicio de la ley.

La revisión de estas hipótesis en el marco de una investigación, sin embargo, debe rebasar la mera mención del campo discursivo en el que estos relatos explicitarían formas de resistencia ética y moral; así pues, no es suficiente proponer la referencia a una sintaxis de la cotidianidad, en abstracto (ejercicio puramente nominal y especulativo, que oculta el asiento de su propia tesis interpretativa), para examinar la naturaleza y el significado de las resistencias que se inscriben en su campo.

Se trata de concebir un campo de tensiones como un complejo de problemas compuesto para pensar. La organización de este campo es un ejercicio a la

<sup>17</sup>. Aquellos lugares colindantes con el palo de la bruja y los que se ubican en una exterioridad peligrosamente controlada por su espectro: “El palo se llama el palo de la bruja, la historia es que en este palo llegaban las brujas y el que pasaba lo orcaban” (Jiménez, 2012: 2).

vez metodológico y conceptual: el método será la caracterización<sup>18</sup>; el modelo conceptual para su esbozo, el de las pugnas entre fuerzas sociales por el poder simbólico y cultural.

### III. Discursos en Relación

En este ejercicio lo que podría obtener una caracterización del contexto social que sostiene originalmente la circulación de los relatos de espanto, no será lo que yo pueda llegar a decir sucintamente sobre este lugar o acerca de esta realidad, sino lo que expresan en el tránsito *sobre* la misma, algunos otros discursos que se trasladan en el ámbito de su cotidianidad.

Por su particular relación con las preocupaciones que he procurado abordar en este documento, y por las relaciones que puedan llegar a sostener con los relatos de miedo en Caracolí (relaciones de lectura y de posible interpretación, entre otras), he coleccionado un segundo archivo a partir de estos otros discursos simultáneos, que debería corresponder con el trazado de otros ejes de circulación de enunciados: acompañando, atravesando, interfiriendo y, en general, articulándose con el conjunto de prácticas discursivas constituido por dichos relatos de miedo.

Este archivo, secundario con respecto al eje nuclear de la investigación, se ha distribuido en tres subgrupos: en principio, he concentrado un eje de discursos sobre el miedo, vivenciales y más referenciales que los relatos de espanto, en los que se transmiten abiertamente experiencias o percepciones de este orden violentamente regulado. En estos se explicita que los ejercicios violentos de regulación operan de manera ordinaria en el sector; así pues, tenemos discursos de gente común relacionados con la operación de grupos armados irregulares en el barrio. En segundo término, se reúnen discursos de las organizaciones y actores armados en un eje de poder que

---

<sup>18</sup>. La caracterización es un instrumento metodológico de investigación social que se emplea frecuentemente en el campo de la psicología comunitaria, los estudios sociológicos, psicosociales, y en algunos casos en los estudios antropológicos. Óscar Jara (2010) lo formula teóricamente como un momento preliminar a la investigación en espacios de práctica, concebido para identificar, diferenciar y abordar problemáticas específicas o conflictos sociales que se desarrollan en contextos concretos. Para el caso de esta investigación, debo realizar varias consideraciones y expresar algunas dudas con respecto a los principios conceptuales y formales de la caracterización. En primer término, debo apuntar una duda en relación con el enfoque descriptivo; duda que se sostiene en la imposibilidad de que un investigador social de cuenta de un escenario del que no participa como lo hace un sujeto cotidiano, o bien, del que participa en forma parcial

Las apreciaciones valorativas e interpretativas del investigador, con respecto a la selección y elaboración de un conjunto de problemas a tratar, deben organizarse como una trama de preocupaciones correlativas, que puede orientar el ejercicio de investigación; pero esto hace que sea

atraviesa la cotidianidad de los barrios populares, y con esto, la cultura local y sus expresiones. Y, finalmente, en un último subgrupo se encontrarán referencias a algunos trayectos discursivos que ingresan al sector proyectados desde alguna región externa, y que una vez han entrado en relación con los relatos de “El palo del ahorcado” o “El palo de la bruja” (en cualquiera de sus variantes), “salen” de allí, luego, pasando a “contar el cuento” en otros escenarios. Quizás lo que más interesa observar en este último eje, es la manera en que estos relatos (aun modificados) trascienden los límites locales de la cultura barrial, insertándose en extenso a las matrices de la cultura urbana, y en el registro imaginario que esta moviliza.

### **Relatos vivenciales: percepción de un orden regulado violentamente**

-Estela: Aquí han matado mucha gente pero... o sea, mi Dios es tan grande que no ha permitido que a uno lo maten, porque uno ve, pero uno no... que tenga uno que ver matar a esa persona así sin poder hacer nada, ni poderla defender...

---

imposible indicar la descripción del campo de relaciones en referencia a un problema, como un antes, y la especificación del problema “mismo” como un después. Partir de este impedimento implica concebir la caracterización como una estancia inicial en la formulación de una pregunta, en la que se construye el problema de la investigación, desde los ejes que ya se sugieren y se indican como ejes de la preocupación y el interés en su trazado primario.

En segundo término, parto del fundamento de que no es posible llegar a establecer una distancia objetiva que disponga de un lado el lenguaje y del otro los acontecimientos, los fenómenos y las cosas. Partir de este presupuesto fundamental, no implica que no se pueda afirmar que las cosas ocurran. Sin embargo, ir al nivel de los acontecimientos es también ir, siempre, a la narración del acontecimiento, al relato del fenómeno, o a la cosa dicha. Al caracterizar, esto implica una serie de limitaciones al ejercicio crítico, ya que debemos lidiar con el obstáculo de que al proponer el esbozo de un contexto social, llegaremos solo a concebir un escenario de traslaciones discursivas (confluencias, dispersiones, interferencias, trasposiciones).

A la sombra que proyectan estas dudas, ¿porqué, a pesar de todo, caracterizar? Ante todo, he tratado de esquivar el peligro de caer en un movimiento acrítico que se puede incubar al privilegiar de forma exclusiva: las redes de la disciplina y las formas en las que los individuos y las colectividades quedan atrapados en dichas redes, o bien la posibilidad de éstos para escapar, burlar o trasgredir, los órdenes que regulan la vida cotidiana, sin proponer un ángulo de consideración sobre las condiciones que signan la vida social como complejo ordinario.

La caracterización ha sido el ejercicio por el que he procurado convocar diferentes trayectos discursivos que se trazan en el territorio de Potosí y Caracolí, en la forma de ejercicios políticos, de disciplinas sociales, de prácticas culturales cotidianas o excepcionales, y he apuntado con esto a la elaboración de un «croquis» cultural improvisado con los materiales “disponibles a la mano”. Con este procedimiento creo aproximarme a la lógica del collage, al yuxtaponer diferentes fragmentos de información para organizarlos en un plano evocativo que pretende la articulación de un universo de sentido, en correspondencia con los ejes en los que se trasladan los discursos en la cotidianidad de este sector urbano. Resulta indispensable, por esto, explicitar esta manera de caracterizar como un artificio conceptual e indicar en este modo, la tracería de un ejercicio metodológico.



-Ada: ¡No!, ni modos porque se mete uno a... ahí sí como dice el dicho: “se pone uno de sapo y también lleva del bulto”.

-Estela: Yo le pido mucho a mi Dios que me aleje de eso, que no me vuelva a tener que pasar... por esas de tener que ver matar a una persona. Cuando estaba esa bodega de reciclaje ahí en el pasito de la bomba, ¿se acuerda?, ¿se acuerda antes de construir la bomba? Ahí también en esa bodega: y ese día mataron en plena luz... mataron todos esos muchachos que estaban ahí en la carpita sin hacer nada. Pasaron y prrrrrr. ¡Uy no, eso fue terrible, ese día también!

(Apartes de una charla grabada durante una actividad en Caracolí, para la organización de una pequeña biblioteca comunitaria en 2012).

Un primer eje de tensiones discursivas aparece en el contraste de los relatos orales de fantasmas, espantos y aparecidos en Caracolí junto a los relatos vivenciales de algunos habitantes del sector. Se pueden examinar algunas características diferenciales en el tipo de enunciados verbales que construye cada una de estas instancias de enunciación, en la perspectiva desde la que se proyecta la posibilidad de narrar, y sobre todo en la actitud comunicativa que expresa su manera de enunciar hechos, acciones o acontecimientos; actitudes que no suponen sujetos distintos de la enunciación, que se excluyan, sino actos discursivos, entonaciones y la máscara táctica de una finalidad que acompaña cada uno de estos actos del habla.

### **Relato de espanto**

El palo se llama el palo de la bruja la historia es que en este palo llegaban las brujas y el que pasava lo orcaban. (Jiménez, 2012:2).

### **Relato vivencial**

Estela: Un domingo venía yo de hacer unos talleres, eran como las ocho de la mañana, cuando por al pie mío pasó un muchacho pero... ¡era que iba que lo llevaba el diablo!; tal vez, digo yo. Cuando pasó por al pie mío, y yo apenas: yo voltié a mirar qué era lo que pasaba; ¡pues era que venían a matarlo! Y él quedó aquí, ¿se acuerda?, ¿que él quedo aquí con los pies aquí colgando? Aquí en esta bajadita ¡ay dios mío!, fue terrible, para mí ese día, yo era apenas así... de los nervios.

Esas diferencias se sugieren a partir de la especificidad con la que cada discurso construye “los objetos” de su enunciación, (objetos lingüísticos y lógicas de la relación discursiva). En el marco de una pregunta que sea lanzada a cuestionar las posibles definiciones de cultura, a partir de la indicación de los objetos culturales que esta produce, esta indagación tendría que replegarse sobre sí misma para formular el cuestionamiento de una asimilación recurrente: la de “el arte” por “la cultura”, y adicionalmente el de un sesgo que frecuenta los estudios sobre experiencias estéticas y prácticas culturales en los límites académicos, institucionales y sociales; límites en los cuales, la inserción de continuidades indiferentes entre el espesor del espacio cultural institucionalizado, y el que se demarca al exterior de esta institucionalidad, puede llegar a provocar algunas alteraciones significativas sobre los valores de producción cultural y los significados sociales alternativos, que se constituyen en la base de estas otras producciones culturales.

El narrador de un relato oral en los circuitos de la cotidianidad, no agencia una especialidad artística ni persigue un valor preferentemente estético como soporte institucional de su práctica; el soporte de esta se halla en las instituciones sociales propias de su discurso, que responden a otros mecanismos y a otras finalidades, la pregunta sería: ¿cuáles?

En consecuencia, el sesgo de la dignificación de las prácticas culturales por vía de su enmarcación en el ámbito del “arte”, presumiendo que con esto se las incorpora a una institución social circunscrita por un hábito de seriedad y dignidad inherente a su disciplina, sugiere un problema en la falsificación de los soportes institucionales, sociales y culturales de cada caso, y en el desalojo de los valores que vehiculan las prácticas culturales como imperativos intrínsecos de su producción.

Un “objeto discursivo” que se interrogue en lo que tiene de característico como artefacto lingüístico, conduce a descubrir en su factura las marcas que le imprime el hecho de ser objeto de una práctica específica; al interrogar de esta manera los relatos orales que se han revisado, descubriremos en ellos, que se trata de una producción cultural no de un producto de la cultura; en estos, la modalidad que los origina y los determina, el modo de hacer, definición de “un arte” como quehacer humano, no de “el arte” como especialidad, ni como ámbito privilegiado y ejemplar de “la cultura”(De Certeau, 2000: 37) también los inscribe en el orden de los actos de significación que no pueden encontrar la cúspide de su realización.

La suspensión de sus cadenas significantes, ya sea en los circuitos de la patrimonialización o en su asimilación homogénea al *rictus* de la interpretación docta, desaloja los valores de la producción cultural, por aislar sus caracteres significativos de los circuitos de producción y comunicación en los que inscriben sus posibles significados y en los que están volviendo siempre, de nuevo a significar. Es por esto que no se puede asistir a la transmisión de un relato oral como se contempla una pieza de museo, o coleccionarlo aisladamente en el inventario patrimonial de las culturas regionales, locales o nacionales, sin desalojar estos caracteres particulares.

### **El discurso del grupo armado y del actor armado**

En el segundo subgrupo se inscribe un eje discursivo de poder y control disciplinario en el barrio: el discurso del grupo armado y del actor armado del conflicto. Este propone una dificultad especial, porque no se ofrece allí como un discurso disponible, sino justamente como aquel que subyace a la violencia del orden disciplinario, y como un discurso que no se encuentra abierto al debate público ni dispuesto para su interpelación.

Por la imposibilidad de acudir a un directo locutor de este discurso, me he apoyado en documentos que consignan la información aportada por otros actores con relación a estas dinámicas del conflicto armado en el país. Así pues, he intentado llenar este vacío rastreando algunos soportes que puedan iluminar determinados aspectos en las características de dicho discurso desde la perspectiva ideológica, histórica u operacional del actor armado en un contexto semejante; la marca especulativa, sin embargo, continuará haciéndose notar como señal de un vacío insoslayable.

Los soportes documentales para el ensayo de este ejercicio, se hallan en los panfletos de los grupos armados dirigidos, como amenazas, a diversos grupos que trabajan en derechos humanos, a civiles y a organizaciones no gubernamentales; comunicados que expresan la vigencia en la operación del bloque autodenominado Águilas Negras, en los que se procura vindicar su operación como ejercicio político en el territorio nacional. El “Primer Comunicado Virtual – Lucha Armada Fase A”, puesto en circulación el 12 de marzo de 2008, a nombre del comandante Camilo, proporciona un modelo de estos documentos (y de su discurso):

Fielmente creemos que el paramilitarismo ha sido un método de dominación social y política que tiene sus raíces en la

doctrina de seguridad nacional y democrática. Comenzó como una estrategia antisubversiva y terminó convirtiéndose en un modelo de control territorial [...] El abandono por el Estado del esfuerzo por conservar el monopolio de la fuerza es extraordinariamente peligroso e imprevisible. AGUILAS NEGRAS, no somos bandas emergentes como figura en el ámbito nacional [...] Con base a los anteriores planteamientos, todas aquellas entidades, instituciones, representaciones diplomáticas y personas del común que reciban este comunicado virtual, están declaradas OBJETIVOS MILITARES FASE A (MEDIOS DE COMUNICACIÓN, ONG'S, EMBAJADAS, CONGRESISTAS Y EXCONGRESISTAS, CIUDADANÍA EN GENERAL DE APOYO Y COLABORACIÓN LOGÍSTICA A LA NARCOGUERRILLA) que significa un fuerte desvertebramiento a las coyunturas políticas y militares de las FARC-EP, además de las consecuencias que estas derivan, como asesinatos, desapariciones y todo lo concerniente a nuestra ideología política y militar tendiente a finiquitar de una vez por todas el flagelo coadyuvante de la participación ciudadana disfrazada de apoyo incondicional tanto armado como político, a estos grupos narcoterroristas [...]

Estos documentos, se agrupan en un conjunto con los *Estatutos de Constitución de las A.U.C.* redactados por Carlos Mauricio García Fernández, alias “doblecero”, estratega militar que encabezó los procesos de formación en la disciplina marcial de los grupos de autodefensa. Fue la cabeza intelectual en la redacción de los estatutos de constitución de las autodefensas, formulados como un cuerpo normativo de “principios políticos” de la contra-insurgencia, y justificados en los vacíos de autoridad del Estado Nacional; fue también, quien encabezó los primeros procesos de *urbanización del conflicto político armado* en el casco urbano de Medellín, al frente del Bloque Metro.<sup>19</sup>

La correlación entre los relatos orales y la condición histórica de este discurso del ejercicio disciplinario que se introduce en los vacíos de la institucionalidad estatal, no solo hace visible el conjunto de ejercicios sociales e ideológicos ante los que se levantan las resistencias en los cuentos de “El palo de la bruja”. La articulación histórica con los fenómenos de

---

<sup>19</sup> El examen de estas fuentes documentales puede proponer una articulación histórica al proceso de urbanización del conflicto político armado en el territorio nacional, articulación en la que encontraría su estado actual de operación, sus modelos ideológicos y funcionales.

urbanización del conflicto armado en Colombia descubre otra correspondencia, pues al consultar un corpus teórico para el examen de este eje discursivo, he podido identificar algunos estudios antropológicos en los que se ha indicado la actualización de otros relatos de espantos, aparecidos y fantasmagorías, en sectores de reciente operación de grupos armados: barrios populares funcionalizados en Medellín, o atravesados por conflictos entre pandillas y otros, con lo que se comenzaría a esbozar una problemática transversal en la manifestación de topografías del terror y en su relación con los cuentos del miedo en los territorios de operación de grupos armados. Territorios en los que el recurso narrativo del fantasma constituye una forma persistente que explicita la sistematización de ejercicios violentos, empleados como mecanismos de regulación o que aparecen con alguna frecuencia cotidiana; con este recurso se tiende a la actualización de antiguos relatos orales que se inscriben en el sustrato cultural popular, desde la época colonial. Algunos de estos casos han sido evaluados por Pilar Riaño Alcalá, y se consignan en su obra *Jóvenes, Memoria y Violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido* (2006).

### **La ampliación de los circuitos de circulación de los relatos**

Juan Felipe: Pues así, lo que yo conozco y me han dicho: pues que allá matan a las personas porque les cobran... por dinero y todo eso; y entonces, hay una rivalidad entre pandillas, y también se matan allá; entonces es muy conocido porque allá no llega la policía, no llega... ninguna autoridad. Entonces allá se pelean y de todo... pues es lo que más he escuchado [...] O sea que allá les cobraban a la gente era ahorcándolos ahí. [...] Los ahorcaban ahí para cobrarles la plata que debían-.

Óscar: Vale, vale. ¿Y tú cómo te enteraste del asunto del palo del ahorcado?, ¿vas a menudo o alguien te contó?

Juan Felipe: Viví un año allá: cerca... un poco cerca. Como a media hora del palo del ahorcado; pues, toda la gente hablaba sobre eso, entonces, me causó curiosidad.

(Juan Felipe, conversación grabada durante un viaje en un bus urbano en Bogotá).

Muy al principio en la formulación de estas inquietudes sobre los relatos de “El palo del ahorcado”, “La cueva de la bruja” y “El palo de la bruja”, señalé que estas expresiones culturales no permanecen en el exilio de la marginalidad, confinadas en los lindes de un ámbito local; aun cuando allí se

transmiten, y elaboran una manera particular de significación en relación con los elementos específicos de una cotidianidad.

Con respecto a la dimensión de su significación, la ampliación de los circuitos de transmisión de estos relatos constituye, simultáneamente, una ampliación o una diversificación en el plexo de sus significados. Al momento en que nos da alcance en un trayecto que lo ha llevado a “andar” a cierta distancia de aquel circuito primario, el relato de “El palo del ahorcado” nos comunica un nuevo significado original que ha adquirido o que se produce sobre su transmisión, al trasladarse y pasar a ser enunciado por un sujeto distinto: tal como he procurado hacer notar con la cita a una entrevista muy breve realizada en una ocasión fortuita, casi por accidente, mientras viajaba en un bus urbano en la ciudad de Bogotá (traslaciones: confluencias, interrupciones).

En este caso, el significado que produce el relato se desprende de la manera en la que representamos nuestra ciudad, y por esto se relaciona con la forma en la que imaginamos lo que se oculta entre los pliegues de la realidad, en un escenario que vemos algo distante o que de hecho no vemos. Cuando nos ofrece su versión del relato, este nuevo sujeto de enunciación pone en marcha un vehículo de información: nos da noticia y desea *dar a conocer* algo sobre un lugar y sobre una dimensión de la realidad que ha “saltado afuera” del marco de lo visible. Así, en el proceso de su transmisión, el relato adquiere una función crucial que lo ha convertido en el medio de un intercambio, para comunicarlo expresamente como una forma de saber en referencia a una realidad concreta; pero una que nos remite a sus anclajes en el registro imaginario de nuestra sociedad: imaginarios sobre la ciudad que habitamos, imaginarios sobre lo que ocurre en sus esquinas invisibles, imaginarios sobre las historias de sus habitantes imaginarios, y también sobre los reales (Silva, 2006: 76).

Importa muy poco llegar a establecer en qué medida la versión trata, con un saber verídico y exacto, sobre la realidad que sostiene y codifica originalmente el relato; pues lo que se juega en este saber no se inscribe en el orden de una verdad empíricamente comprobable, según el método que requiere el trabajo de la ciencia, ni anhela un orden veraz en la secuencia y en las consecuencias de los acontecimientos, que alcance un estatuto de legitimidad por el procedimiento con el que estas se obtengan, según lo dicta la manera jurídica. Este saber que está mediado por una manera personal (y es por lo tanto un modo de *verdad*, es decir, una verdad estilizada) está impelido hacia la representación de la realidad, tarea para la

que importa más la posibilidad que tengamos de trazar marcas sobre esta, y surcarla con símbolos que nos permiten habitarla y transitarla porque la imaginamos.

El hecho de que un relato popular en la ciudad, amplíe sus circuitos de comunicación y sea llevado a transmitirse más allá de su enclave cultural originario, significa que en este se ha producido un valor de representación, que puede conectarse con el registro imaginario de una comunidad de hablantes, ya que por medio de este es posible concebir y decir algo sobre una región de la realidad. Pero para comunicarse, ya sea del lado de quien lo transmite o de su receptor, el relato “negocia” su significado, sus pormenores, sus detalles, etcétera, con otros que ya se encuentran inscritos en aquel registro imaginario. Esto lo sostiene en un campo semántico análogo (para este caso, el del miedo), pero lo ubica en relación con las inquietudes o los intereses de un nuevo sujeto, con lo que el relato se aproxima, tanto a la perspectiva narrativa de quien lo transmite, como al repertorio imaginario al que puede acceder quien lo escucha.

Así pues, alcanzados por el relato que nos toca con una extraña cercanía, y trastocado/s en nuestro propio discurso, como sujetos de la enunciación pasaremos a referir el relato, ya no como parte de un asunto que nos resulte ajeno, sino que en la estructura de sus significados el relato habrá pasado a tramitar nuestras propias inquietudes, nuestras incertidumbres y temores:

Óscar: Entonces, ¿qué es lo que sabes del palo del ahorcado?

Daniel: Pues así lo que me he enterado, lo que pasa es que: toda esa parte allá, y hacia más arriba, todo eso está tomado por la guerrilla; que uno por allá no se puede ni asomar, y entonces... por lo general toda esa partecita: Sierra Morena y Ciudad Bolívar, todo eso es, pues, muy, muy, muy peligroso. Hace ocho días estuve allá y... nos cogieron a todos y casi nos dan una pela. Eh... pues nada, que más.

(Daniel Buitrago, conversación grabada durante un viaje en un bus urbano en Bogotá).

Todo este juego de la estilización, como es fácil de adivinar, constituye un ejercicio de apropiación sobre el relato que abre las puertas a la posibilidad de ejecutar un sinnúmero de maniobras y manipulaciones sobre este; apropiaciones que pueden ir desde las malversaciones amarillistas y estigmatizadoras hasta las elucubraciones críticas. De esta manera, la estilización del relato no es tan solo la marca de su transmisión

oral, sino que también posibilita su ingreso a otros circuitos culturales en los que alcanzará un mayor despliegue a costa de convertirse en el vehículo de nuevas series de contenidos, alusiones y significados, frente a los cuales, los primeros significados se van desdibujando o comienzan a aparecer notablemente transformados, cuando no expresamente distorsionados.

La comprobación de esta dinámica de ampliación en los trayectos habituales de circulación del relato, ha motivado el que organice un tercer eje de tensiones con trayectos que ingresan y salen del sector: aquí se encuentran los discursos de los medios de comunicación con los discursos intelectuales y los correspondientes a miembros o funcionarios de instituciones estatales, privadas, académicas, etc. El criterio para reunir un espectro discursivo tan amplio y desigual, reitero, se halla en su relación de traslación con respecto a los relatos orales en Caracolí. Son discursos que entran y salen “llevando el cuento” más allá de los límites de su circuito primario de comunicación.

Con estos se agrupa un archivo de noticias, algunos informes periodísticos y noticias sensacionalistas; se reúnen los capítulos de algunas series televisivas que han apelado al tema del palo del ahorcado, distribuyendo una imagen de la “problemática marginal” y del “tipo de cultura” que circula en los sectores populares, azotados por “la violencia” y multiplicadores de esta. Existen, por ejemplo, algunas series televisivas que se ocupan de “la realidad nacional”; entre estas, la gente de Caracolí recuerda que los equipos de seriados como *Pandillas: Guerra y Paz*, o *Siguiendo el Rastro*, llegaron al barrio y se dieron a la tarea de recrear algunas historias sobre *el palo del ahorcado*.

“Escalofriante serie de ahorcamientos en Ciudad Bolívar. Crece la violencia de la zona”, tituló en los años noventa el periódico *El Espectador*. Al igual que este *El Espacio* prendió la alarma, pues supuestamente iban más de 30 suicidios en este árbol.

La serie *Siguiendo el Rastro*, recreó una historia que según los habitantes de Potosí nunca sucedió. Al igual recuerdan que colgaron un muñeco bien vestido, con botas Brahma que generó la preocupación en el barrio, pues creían que alguien ahora si se había ahorcado [...]. (Sánchez, 2007: párrafo 2)

Circunstancia muy semejante a la que se puede encontrar referida en una



pequeña reseña crítica, en el libro *Ciudad Bolívar: La hoguera de las ilusiones* (1995), escrito por Arturo Alape:

Al reportero como al fotógrafo aquella noticia del viejo ahorcamiento les iluminó el rostro de alegría. Cuando vieron el Árbol del Ahorcado dibujado sobre el cielo [...] El periodista hizo de ahorcado, incluso impostó una mueca dramática que impresionó al fotógrafo [...] acostumbrado a ver la muerte a través de su cámara, con frialdad y regodeo profesional hizo una serie de tomas precisas. Nunca antes había logrado captar en una serie fotográfica el profundo y escalofriante sentido de la muerte [...]. (Alape, 1995: 198 -199).

Con éstos discursos se reúnen los de inclusión, intervención, protección o asistencia como en el caso de la iglesia católica en el sector, que promueve el uso de alusiones alternativas: *el palo de la vida* o *el palo de la paz*, para sobreponer al tenebroso *palo del ahorcado*; también están las versiones del relato que ingresan en los circuitos de patrimonialización y que se publican en los sitios en línea de algunas ONG'S e instituciones del Estado, e incluso discursos como este, que pretenden ingresar con exámenes críticos y salen de allí llevando el cuento consigo. Se trata de los discursos de los circuitos académicos e intelectuales. Por último, se encuentran las versiones del relato que circulan por fuera del sector y que recorren la ciudad integrándose a los imaginarios urbanos.

Las imágenes y los signos territoriales que demarcan espacios en la ciudad y que describen estas zonas del miedo como “un afuera” en el que pelagra la noción de “ciudadanía” y la idea de “ciudad”, configuran el objeto de análisis en este eje discursivo; ante todo porque no se trata de confinar estas manifestaciones culturales, en el concepto de una “cultura de los límites” ni de “formas marginales de la cultura”, gesto con el que se desplazaría, de nuevo, la idea de una cultura al exilio de lo urbano, realizando un movimiento de exclusión que tiende a la conservación del ideario de la ciudad:

Cuando hablo de límite quiero manifestar un aspecto tanto indicativo como cultural. El uso social de un espacio marca los bordes dentro de los cuales los usuarios "familiarizados" se auto reconocen y por fuera de los cuales se ubica al extranjero o, en otras palabras, al que no pertenece al territorio. [/] En todas las ciudades sus habitantes tienen maneras de marcar sus territorios. No es posible una ciudad gris o blanca que no anuncie, en alguna forma, que sus espacios son recorridos y

nombrados por sus ciudadanos. [...] la noción de límite puede ser útil para comprender que lo que separa el espacio oficial del territorio es una frontera que descubre quien sobrepase sus bordes. Es decir, porque existe el límite creemos que se puede aceptar que algo separa lo que nos es dado, de aquello que nos tomamos. (Silva, 2006:53).

La observación de estos circuitos de ingreso y salida de discursos, permite reconocer la circunstancia de que estos relatos se desmarquen de sus lugares de origen, para salir a recorrer el espacio heterogéneo de la ciudad y que al integrar el conjunto plural de la cultura urbana, se articulan al universo de las representaciones que los ciudadanos se hacen de su ciudad y de sí mismos; adicionalmente esto puede confirmar la tesis de que estas formas inéditas de cultura, recorren, atraviesan y se articulan a las ciudades, en tanto que los habitantes de los barrios marginalizados se trasladan y se integran, a su modo particular, al entramado de la vida social en las ciudades, y con ello al tejido de los imaginarios móviles de lo urbano.

## Bibliografía

- Alape, Arturo (1995). *Ciudad Bolívar: La hoguera de las ilusiones*. 2a ed. Bogotá: Editorial Planeta.
- De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México D.F: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. Universidad Iberoamericana D. H.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) (2008). Censo General 2005. Nivel Nacional. Bogotá D.C. Recuperado de: <http://www.dane.gov.co/censo/files/libroCenso2005nacional.pdf>.
- Foucault, Michel (1976). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Foucault, Michel (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- García Fernández, Carlos Mauricio. Alias doblecero. *Estatutos de Constitución y Régimen Disciplinario". Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. Estado Mayor Conjunto*. En VerdadAbierta.com. Conflicto Armado en Colombia. Recuperado de: <http://www.verdadabierta.com/archivos-para-descargar/category/40-historia-3>.
- García, Juan Diego y Jaime Higuera (2010). Los mitos del palo del ahorcado. La historia como la cuentan. En: *El palo del ahorcado, un símbolo de Ciudad Bolívar*. Fundación Telefónica. Recuperado de: <http://www.concursoperiodistaescolar.com/fundacion-telefonica/edicion2010/articulo.php?id=55>
- Hall, Stuart (2010). *Sin Garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Stuart Hall. Restrepo, Eduardo; Walsh, Catherine y Vich, Victor (Eds.). Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar (Universidad Javeriana); Instituto de Estudios Peruanos; Universidad Andina Simón Bolívar (Ecuador): Envión

- Editores. Recuperado de: [http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/sin\\_garantias.pdf](http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/sin_garantias.pdf)
- Henao Gutiérrez, Jairo Alonso (2008). Primer Comunicado Virtual. Lucha Armada Fase A. En: Colombia: Águilas Negras El Rearme. Kaosenlared.net. Recuperado de: <http://old.kaosenlared.net/noticia/54611/colombia-aguilas-negras-rearme>.
- Herrera, Martha y Jilmar Díaz, Carlos (2001, enero-septiembre). Bibliotecas y lectores en el siglo XX colombiano: la Biblioteca Aldeana de Colombia. *Revista Educación y Pedagogía*, XIII (29 -30), pp.103-11. Universidad de Antioquia: Facultad de Educación.
- Jara Holliday, Óscar (2010). La sistematización de experiencias: aspectos teóricos y metodológicos. Entrevista a Óscar Jara para la revista Matinal. *Decisión. Saberes para la acción en educación de adultos* (28), pp. 67-74. Recuperado de: [http://tumbi.crefal.edu.mx/decisio/images/pdf/decisio\\_28/decisio28\\_testimonios1.pdf](http://tumbi.crefal.edu.mx/decisio/images/pdf/decisio_28/decisio28_testimonios1.pdf)
- Jaramillo, Orlanda; Montoya Mónica y Moncada, Daniel (2006, enero-junio). La biblioteca pública en Medellín: de un ideal ilustrador a un afán progresista. *Revista de Investigación*. 6(1), pp.109-120. ISSN 16576772.
- Jiménez, Oscar (2012). *Escribir lo que calla*. En *X Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana*-JALLA, Cali, Colombia.
- Naranjo Giraldo, Gloria Elena (2004). Ciudades y desplazamiento forzado en Colombia. El “reasantamiento de hecho” y el derecho al restablecimiento en contextos conflictivos de urbanización. En: Bello Martha Nubia (Ed.). *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, desarraigo y exclusión* (279-310). Bogotá: ACNUR, Universidad Nacional de Colombia.
- Naranjo Giraldo, Gloria Elena (2004). Ciudadanía y desplazamiento forzado en Colombia: una relación conflictiva interpretada desde la teoría del reconocimiento. *Estudios Políticos* (25): pp.137-160. Recuperado de: <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/estudiospoliticos/article/viewFile/1915/1569>
- Ocampo López, Javier (2006). *Leyendas Populares Colombianas*. Bogotá: Plaza & Janés. Editores Colombia S. A.
- Red de lectores/Fundalectores, (2011). El Palo del Ahorcado. En *Lectura a Mitos y Leyendas: Ciudad Bolívar. El Palo del Ahorcado*. Fundación Red Colombiana de Lectores Saludables. Lectura al sur. Recuperado de: <http://www.lecturaalsur.com/2011/09/lectura-mitos-y-leyendas-ciudad.html>.
- Riaño Alcalá, Pilar (2006). *Jóvenes Memoria y Violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Roig, Arturo Andrés (1984). Narrativa y Cotidianidad. La obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano. *Cuadernos de Chasqui – Revista Latinoamericana de Comunicación* (4), pp.5-67. Recuperado de: <http://186.5.95.155:8080/jspui/bitstream/123456789/185/2/CIESPAL%20Arturo%20A.%20Roig.pdf>
- Sánchez, Lina (2007, 28, marzo). *El Palo del Ahorcado* [web log post]. Recuperado de: <http://legiondenali.blogspot.com/2007/03/el-palo-del-ahorcado.html>.
- Silva, Armando (2006). *Imaginario Urbanos*. 5ta Edición. Bogotá: Arango Editores.
- Tovar Pinzón, Hermes (2001). *Emigración y éxodo en la historia de Colombia. Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* [En línea], (3). Recuperado de: <http://alhim.revues.org/522>.
- Trujillo Blair, Elsa (2005). *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Wittgenstein, Ludwig (1989). *Conferencia sobre ética*. Rush Rhees (Ed.). Fina Birulés (Trad.). Barcelona: Ediciones Paidós.